

— Exagera usted extraordinariamente el efecto de algunas páginas de prosa.

— ¿No son atroces?

— Seguramente; nada tienen de amables. Así se lo he dicho á la misma Florisa.

Al oír estas palabras, la señora de Sortais, brincó. Encendiósele el semblante; le relampaguearon las pupilas:

— ¡Lo confiesa! ¿Se atreve á confesarme que ha hablado de ese artículo! ¿Y fríamente, estéticamente, viéndome ultrajada! ¿Es eso amistad? Le creí á usted cómplice ¿Acaso me equivocaba? ¿No lo es?

— ¡Yo! — exclamó Treillard, estupefacto.

— Sí, usted. ¿Dónde comienza la complicidad? ¿Dónde concluye? ¿Por ventura esa joven no ha hecho causa por usted contra mí? ¡Oh! ¡Cuántas infamias entreveo!

— ¿Se atreve usted á sospechar de mí?

— ¡Sospecho de todo el mundo!

— ¡Eso demuestra un alma llena de doblez!

— ¡En el fondo, usted me odia!

— ¿Yo?

— ¡Sí, usted! A fuer de orgulloso, no ha podido perdonarme mi resistencia... ¡Lo que pretende obtener de mí es un desquite!

— Señora, si se ha presentado en esta casa con el propósito de hablarme en los términos en que lo está haciendo, hubiera usted obrado con más cordura no viniendo aquí.

Se contemplaron en silencio durante un momento.

Andrés, indignado y tembloroso; la Marquesa exasperada al encontrarlo rebelde en el preciso instante en que lo creía vencido. Rápidamente se batió en retirada y, comprendiendo que nada iba á conseguir por el camino de la ironía y de la insolencia, cambió una vez más de actitud. Hizo ademán de levantarse y balbució:

— Después de lo que acabo de oír, sólo me queda el recurso de marcharme...

Pero las fuerzas parecieron no corresponder á la voluntad; exhaló un gemido, cerró los ojos y se quedó inmóvil, desplomada sobre el respaldo de la butaca. Treillard, creyéndola desmayada, se lanzó hacia ella, le tomó una mano que encontró fría, y, dejándose atrapar en el lazo que tan burdamente se le tendía, se inclinó, se arrodilló, y prodigó súplicas y frases de afecto. La Marquesa, en una contracción premeditada, dejó ver la garganta blanca y redonda, hinchada por vagos suspiros. Estaba tan tentadora, que Treillard, no acertando á reprimirse, la estrechó entre los brazos y le cubrió los ojos y la frente de apasionados besos. Inmediatamente volvió en sí la señora de Sortais y, sin rechazar al literato, le dijo con voz débil:

— ¡Ah! Ya que entre nosotros se rompen los vínculos de afecto, tenga al menos la lealtad de dejar que me vaya. Así debe ser. Usted mismo lo afirmaba hace un momento...

— ¡Estaba loco! ¡Quiero amarla y conservarla! ¿Qué es preciso hacer para conseguirla?

— ¡ Volvería usted á traicionarme !

— ¿ Es posible que abrigue ese recelo ?

— ¡ No puedo tener confianza en usted !

— ¿ Qué hago para que se convenza ? ¡ Estoy dispuesto á todo !

— ¿ A todo ?

Los ojos de la Marquesa se abrieron y lanzaron llamas. Transfiguróse. Cogió á Treillard por los hombros, lo atrajo más y más en vez de rechazarlo, y hablándole tan cerca que casi le rozaba la boca con su boca, le preguntó :

— ¿ Hasta á vengarme ?

Y como lo viese titubear, lo acosó con más ardor :

— ¡ Oh ! ¡ Es preciso ! ¡ Sólo usted puede hacerlo !

¡ Sólo usted puede proporcionarme la satisfacción que deseo obtener ! ¡ Pídame, en cambio, cuanto desee ! Nada he de negarle... Entiéndalo bien... ¡ nada !

Algo trastornado, el literato murmuró :

— Pero... ¿ qué quiere usted de mí ?

— ¡ Una réplica á ese infame artículo !

— ¿ Desea usted que yo ataque á Florisa ?...

— ¡ Deseo que me haga usted justicia !

— Pero Florisa... Pero... lo que usted me impone...

— Pero — exclamó la Marquesa. — ¿ No merezco que se haga por mí ese esfuerzo ? Ahora mismo voy á saber, con toda exactitud, á qué atenerme respecto á la sinceridad de los sentimientos de usted hacia mí. Si me ama, lo sacrificará todo por mí...

— ¡ Cuán duras son las exigencias de usted !

— ¿ Es pagarme demasiado cara ?

Con impudor decisivo apretó la boca contra la boca del escritor, enloqueciéndolo, decidiéndolo á cometer toda clase de deserciones, ante el deseo imperioso de poseerla. Y, entre dos besos, la dama murmuraba aún, precisando el contrato :

— Bueno..., ¿ escribirás ese artículo ?... ¡ Jura que lo escribirás !

— ¡ Está bien ! ¡ Sí ! Aun cuando es una infamia, la cometeré por usted...

— ¡ Júralo por tu honor !

— ¡ Lo juro por tu belleza !

Aun cuando no era ese el juramento que pedía, se dió por satisfecha.

Treillard conoció los refinamientos admirables con que una mujer del gran mundo sabe ataviar sus deslices. Acaso la satisfacción de vengarse del guapo Mauricio de Roize, influyó en el arrebato de la Marquesa. Treillard tuvo derecho para no abrigar la menor duda acerca de la satisfacción que la señora de Sortais parecía haber hallado al perder sus últimos escrúpulos. En la alcoba del escritor, ante el lecho, temblando aún con temblor de fogosa excitación nerviosa, la seductora dama, ligerísima de ropa, con el mayor desenfado, sonreía fumando un cigarrillo y siguiendo con mirada distraída las espirales azules que se remontaban hacia el techo. Se hizo calzar por Treillard, que le abotonó las botinas sin pellizcarle la piel del tobillo. Luego, arreglándose con la mano los bucles de la desorde-

nada cabellera, sentóse en una silla baja, montó una sobre otra las piernas cubiertas con medias negras, y, en actitud de marimacho, exclamó tirando el cigarrillo :

— ¡ Ea ! ¿ Ya estará usted orgulloso con haber logrado hacerme cometer una necedad de este calibre ?

— ¡ No estoy completamente orgulloso, pero sí estoy completísimamente satisfecho ! Ya me figuraba yo todo lo que perdía si no llegaba á conseguir á usted...

— ¡ Ah ! ¿ De veras ? — murmuró la Marquesa jovialmente. — ¿ De modo que no ha habido sorpresa ?

— Una muy deliciosa : la de ver á usted aquí, tan linda, tan amable...

— ¡ Tan estúpida ! Una mujer comete grave equivocación cuando nada deja que se espere de ella. Pero... tengo la palabra de usted...

Treillard sufrió desagradable impresión al ver á la señora de Sortais insistir tan pronto en el aspecto práctico de la aventura. Se hallaba ébrio de gozo, radiante por el triunfo alcanzado, y ya la dama le obligaba á pensar en el trato que habian hecho.

Andrés frunció el entrecejo, se mordió los labios y no contestó. Demasiado sagaz para no darse cuenta de la impresión producida, la Marquesa, en un instante, cambió de actitud y, con admirable desenfado, recorriendo la habitación, curioseó los armarios, registró los cajones y revolvió las corbatas. Al fin, vió sobre un velador un jarro y un vaso.

— ¡ Ah ! ¡ Tengo sed ! — exclamó.

— ¡ Espérese ! — dijo Treillard.

Salió un momento y volvió en seguida trayendo una bandeja con pastelitos, copas y una botella de Oporto. La colocó sobre la mesa y escanciando el áureo vino :

— Es todo lo que puedo ofrecerle. Pero, ya sabe que no aguardaba la visita de usted.

Sentáronse muy cerca el uno del otro, y bebieron en la misma copa. La Marquesa, con una libertad de modales que enloquecía á Treillard, mostraba todos sus encantos, como mujer que está segura de lo que posee. Y emborrachadora, aún más que el vino que hacía beber á su amante, parecía hallar placer misterioso en excitarlo hasta el frenesí. Andrés aspiraba los efluvios de aquel cuerpo, y miraba y deseaba á la Marquesa con más ardor que antes de haberla poseído. El corazón le palpitaba fuertemente, desordenadamente ; tenía la garganta contraída hasta el extremo de no poder pronunciar palabra. La dama, recostada sobre el respaldo de la silla, con los párpados entornados y la boca sonriente, lo contempló un instante con mirada tan voluptuosamente provocativa que hizo que Treillard en arranque furioso cayera sobre su amante. La tomó en brazos, se la llevó, y el silencio sólo se turbó por suspiros.

A la mañana siguiente, al despertar, el literato recibió una invitación para comer en casa de la Marquesa. Comprendió que iba á reanudar la vida anterior y que su presencia en los salones de la señora de Sortais formaba parte de los desquites que ésta

pretendía obtener. No se negó á esas legítimas exigencias. Además, no le desagradaba en modo alguno volver, como vencedor, á la casa de la cual había salido humillado. ¡Qué gozo pensar ante todas las personas que la despreciaron soberanamente: Soy el amante de la mujer ante la que os inclináis, mi amor le devuelve sus prestigios! ¡Cómo se reiría interiormente de aquellos barbilindos, y se burlaría de sus esperanzas! Secretamente sentiría compasión hacia los galanes que rivalizaban, con el guapo de Roize, para obtener los favores de la dama. La Marquesa no tenía más que un dueño, y ese era Andrés Treillard. Acudió al convite y entró en el salón con aire de hombre atareado, procurando encubrir con indiferencia el júbilo radiante que le salía á la cara. Desde un principio, se asombró mucho ante la frialdad que le demostró la Marquesa. Apenas si le dedicó una sonrisa ceremoniosa. El Marqués se mostró mucho más expansivo. Con su locuacidad y campechanía de gran señor cazador, dió palmaditas en la espalda del literato:

— ¡Bueno! ¿Ha dejado usted al fin, de estar picado con nosotros? — le preguntó.

El escritor excusó su ausencia pretextando ocupaciones profesionales. Tenía mucho trabajo y las distracciones mundanas son mortales para la inspiración.

— ¡Bah! — replicó el Marqués. — Yo veo que mi mujer va todas las tardes á reuniones aristocráticas, y todas las noches á bailes y á teatros... ¿Sufren con

ello algún menoscabo sus facultades? A pesar de fiestas y de distracciones continúa produciendo obras encantadoras...

— La señora Marquesa es una excepción admirable — contestó Treillard, sonriendo finamente.

La comida fué espléndida, pero tristona. La magnificencia del servicio y la suntuosidad del *menu*, absorbieron toda la atención de los comensales. La mesa era demasiado grande para que la conversación pudiera generalizarse. Las charlas y los discursos entre vecinos llenaron la hora y media que se pasó en el comedor. Treillard estaba colocado junto á la baronesa de Folentin, que lo asateó con alusiones acerca de su ruptura con la Marquesa. El literato, aparentando no darse por entendido, hizo lindamente el papel de necio. Sólo se despabiló cuando la vecina le habló de la comedia que iba á estrenar.

Ya no había razón para que continuase callado y entretuvo á la bella Baronesa, refiriéndole chismes de bastidores y describiéndole los ensayos. Con aire candoroso, la amable Rosa le dijo:

— Creo haber oído que en la compañía de ese teatro figura una lindísima jovencita que antes perteneció al gran mundo y ahora ha descendido al *demi-monde*: me refiero á la señorita Claudina Nantheuil. ¿Vale algo?

— No es mala del todo. Y es, efectivamente, muy linda y muy joven, lo cual no es cosa corriente en el teatro...

BIBLIOTECA DE MEXICO
 INSTITUTO VENEZUELANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS
 MEXICO, D.F.
 1913

— Ni fuera del teatro — murmuró dulcemente la Baronesa, dirigiendo la vista hacia la señora de Sortais. — Y ¿cuándo es el estreno?

— Creo que para fin de mes, si no ocurre dificultad.

— Iremos á aplaudirle. ¡Ah! Esta querida Marquesa va á sufrir emociones muy vivas. Profesa á usted sólida amistad...

— Que yo le pago con usura...

— Sí, no está usted en deuda con ella.

Así murmurando, se llegó á los postres, y cuando pasaron el salón, Treillard no podía dudar de que el enredo del joven de Roize con Claudina Nantheuil, los celos de la señora de Sortais, la ruptura y, positivamente, la reconciliación entre él y la irascible Marquesa, eran cosas sabidas por los íntimos y tal vez por toda la sociedad aristocrática. Comprendió por modo muy claro las razones de la resistencia que la señora de Sortais le había opuesto. Se trataba para la dama de resignarse públicamente á confesar sus relaciones íntimas con el literato. Por eso se defendió todo cuanto pudo, y por eso si capituló fué únicamente obligada por la necesidad de salvar el amor propio. La traición de Mauricio, por una parte, y el artículo de Florisa, por otra, eran las causas que empujaron á la Marquesa á los brazos del escritor. Experimentando irritación violenta, Treillard hubo de reconocerlo así. Y pensó: no me ama; me soporta y nada más, y, en cuanto encuentre ocasión, me despide como á un lacayo.

Se enfrió y adoptó la resolución de defenderse. Convencido de que trataba con una tramposa que jugaba con él, sintió aminorarse los escrúpulos que sentía y decidió conducirse de modo tal que no lo engañasen. Y, primeramente, se prometió no dejarse arrastrar por expansión alguna ante su tiránica amante, y pesar y medir todas las contestaciones que debía dar á las demandas que le formulase. Cuando terminaba este soliloquio, vió que se le acercaba la señora de Sortais, acompañada de un señor maduro, muy calvo, ventrudo, de barba grisenta, correctísimamente vestido y profusamente decorado, en el cual reconoció á Fabreguier, el académico y director de *El Movimiento*, revista de mucha circulación, en la cual las ideas más reaccionarias, desde el triple punto de vista literario, político y religioso, estaban defendidas por escritores de gran talla.

— Mi querido maestro — exclamó la Marquesa, señalando á Treillard. — Aquí tiene á nuestro brillante cantor... Hace mucho tiempo que deseaba presentarlo á usted... Mi querido amigo, el señor Fabreguier...

Treillard sonrió como diciendo: lo conozco. Se inclinó y dijo con lisonjera condescendencia:

— He leído recientemente el hermoso libro del señor Fabreguier: *Conciencia ideal*. Es una de las obras más hondamente pensadas que se han publicado, desde hace veinte años. Hay en ella el aliento de un de Maistre... A mi juicio, en lo que á moral se refiere, es algo absolutista... Pero de forma resulta irreprochable... Es una obra...

— ¡Bueno! exclamó sonriente la señora de Sor-tais. Pues ya que han entablado ustedes conversación, los deje juntos.

Hizo una seña al académico como para recordarle una promesa. Éste contestó con una sonrisa; luego, llevándose á Treillard á un ángulo del salón:

— La Marquesa me ha hablado de usted con la cordialidad calurosa que emplea para patrocinar á todos aquellos por los cuales se interesa... Es una amiga inestimable, por la cual sin titubear puede realizarse todo linaje de sacrificios; es leal y constante en sus afectos...

— ¿Le ha dado á usted el encargo de declarármelo? — observó Treillard, con gesto de asombro.

— De ningún modo. Pero respondo de que es una amiga leal y constante, y tengo pruebas de ello. Sólo piensa en hacer favores. Bueno, pues me ha rogado que le pida á usted una novela, un poema ó un artículo para *El Movimiento*. Y como yo no puedo negar cosa alguna á esa encantadora dama, pongo mi Revista á la disposición de usted.

— Muchas gracias, querido maestro... Ya le recordaré este bondadoso ofrecimiento.

Fabreguier movió la cabeza:

— Bueno; aproveche la ocasión...

— Puedo ofrecer á usted una novela que tengo terminada...

— No. Prefiero un buen artículo crítico... escrito expresamente para mi Revista. Ya conoce usted la nota que cultivamos... Una arremetida aplastante

contra esa tribu literaria que coloca los atildamientos de forma por encima del valor de las ideas... Rompa contra esa pandilla presuntuosa que agita los guiñapos de la frase para ocultar la vacuidad del pensamiento... La forma, digan lo que digan, es esencialmente deleznable, es de origen humano, cambia cada veinte años, esta sujeta á la moda... El pensamiento es inmutable, es de esencia divina. No hay, por lo tanto, más que una sola literatura llamada á subsistir: la que vive por la fuerza de las ideas. Todo lo demás es hojarasca, oropel, juguete efímero, sujeto á la descomposición y consagrado á la nada. Ya vé si el tema puede dar de sí. Tome como ejemplo las obras recientemente publicadas, y hágame un análisis concienzudo de las *Visiones ardientes* de nuestro querido Oliverio Juglat... La tesis se presta á una defensa muy gallarda, y dado el talento de usted...

Treillard miró fijamente al académico:

— Si, es un asunto muy interesante para tratado... Lo pensaré.

Luego, torciendo la conversación:

— ¿Es cierto que el partido de los duques, en la Academia, es absolutamente árbitro de las elecciones, y que nadie quede presentarse si no es de los de ustedes?

— ¡No me hable de eso! Estamos bastante inquietos con nuestra fuerza. De ahora en mucho tiempo, salvo excepción extraordinaria, no ingresará un sólo literato de profesión bajo la cúpula...

— ¿Es muy necesario que haya tantos literatos de profesión en la Academia?

— ¿Es muy necesario que haya tantos aristócratas? ¡Dios mío! La Academia es un salón, no es la Sociedad de literatos. Convenido. Pero si sólo cuenta, para dar prestigio á la Corporación, con alcurniados señores que á lo sumo han publicado un volumen, pronto el conjunto resultará mate, opaco... Los representantes de la aristocracia son de muy buen efecto decorativo, pero no conviene que dominen. Dominando, cada vez se les tolerará menos... Se principiará á discutir los títulos que tienen para ser académicos, y, en ese mismo instante, se verá que apenas si poseen otros títulos que los nobiliarios... Entonces se producirá una reacción y pasarán diez años sin que se otorgue el ingreso á un aristócrata.

— Y la Academia perderá en prestigio...

— Mire, mi querido amigo — dijo Fabreguier, cordialmente — no hay cosa mejor para hacer carrera, como haber sabido escoger bien el campo de operaciones. Ha tenido usted la suerte de entrar prontamente en relaciones con la Marquesa, cuyo salón es admirable terreno para maniobrar. Procure ser perspicaz, y no deje perder las ocasiones. Aprenda á ser paciente. Con semejante protección logrará cuanto apetezca.

Hizo una pausa, y, mirando intencionadamente á Treillard:

— ¿Cuándo me llevará usted el artículo?

— Muy pronto.

— Perfectamente.

Se separaron. Fabreguier se dirigió hacia la señora de Sortais, que parecía estar acechando, con el rabillo del ojo, el final del diálogo. Se inclinó ante ella, pronunció algunas palabras en voz baja, y, luego, salió del salón cual si hubiese ido únicamente para entenderse con Treillard acerca de la publicación que tanto ansiaba la Marquesa. En el acto, el literato vió que su amante se destacaba de un grupo femenino y venía hacia él. Llegaba sonriendo triunfalmente, y con las miradas henchidas de promesas.

— ¡Bueno! — exclamó. — ¿Se ha puesto usted de acuerdo con el querido maestro? Acaba de decirme, al despedirse, que queda aguardando el artículo... Ya sabe, mi querido amigo, que *El Movimiento* es una potencia. Cuenta con el apoyo del partido católico... Lo leen todas las personas de buen juicio... En periódicos así es donde hay que escribir. Esto es cosa muy distinta de la *Revue* del sectario Malatiré.

— La competencia... — murmuró blandamente Treillard. — La colección que no anda en las librerías de viejo...

La señora de Sortais frunció el entrecejo, pero continuó sonriendo:

— En fin, Fabreguier se lleva la promesa ¿no es eso? y yo, iré mañana á recordársela á usted.

Treillard hizo un movimiento de alegría. La Marquesa le oprimió la mano, con presión voluptuosa, y, plegando los labios, le envió, á través del aire, un callado y misterioso beso.